

# Eleanor Roosevelt

---

Lo que  
aprendí  
viviendo



Lumen

# Lo que aprendí viviendo

Eleanor Roosevelt

Traducción de  
Aurora Echevarría

**Lumen**

---

*ensayo*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A mis nietos y bisnietos,  
con la esperanza de que algún día encuentren  
en estas páginas alguna ayuda*

## Prefacio

A lo largo de los años he recibido cientos de miles de cartas, actualmente me llegan alrededor de un centenar al día. La mayoría plantean cuestiones que van desde los problemas personales que a todos nos acosan hasta los problemas del mundo que a partir de ahora nos acosarán a todos. En ellas me preguntan más o menos lo mismo: ¿qué ha aprendido de la vida que pueda servir para resolver esta o aquella dificultad?

Como es natural, nadie está provisto de semejante sabiduría. Nadie está capacitado para dar respuestas ante todas las eventualidades. Nadie tiene soluciones definitivas. Pero son cuestiones a las que todos nos enfrentamos en la vida; son preguntas que tenemos que responder de algún modo. No de forma categórica, pues la vida es demasiado mutable, está demasiado viva para eso. Así que me he visto obligada a detenerme y reflexionar sobre algunas de ellas, para buscar mis propias respuestas y descubrir lo que he aprendido viviendo.

Cuando uno intenta poner en simples palabras cualquier respuesta que ha encontrado ante los problemas de la vida, corre el riesgo de dar a entender que es la única o la mejor. Eso, naturalmente, sería absurdo. No poseo una sabiduría

tan exhaustiva, solo unas pocas directrices que me han servido en el transcurso de mi larga vida. Tal vez ayuden a alguien a alejarse de los escollos con los que yo he tropezado o a evitar los errores que he cometido. O tal vez solo se aprende de los propios errores. Lo esencial es aprender.

Aprender y vivir. Aunque en realidad es lo mismo, ¿no? No hay ninguna experiencia de la que no se pueda aprender algo. Cuando se deja de aprender, se deja de vivir de una forma crucial y significativa. Y el propósito de la vida es, después de todo, vivirla, disfrutar de la experiencia al máximo, tender la mano con impaciencia y sin miedo a experiencias más nuevas y enriquecedoras.

Eso solo podrá hacerse si se tiene curiosidad y un insaciable espíritu de aventura. La experiencia solo significará algo si se entiende. Y solo se entiende si se ha llegado a cierto conocimiento de uno mismo, un conocimiento basado en una autodisciplina deliberada y por lo general adquirida con mucho esfuerzo que enseña a desterrar el miedo y hace libre para disfrutar con más plenitud de la aventura de la vida.

Mi propia vida ha estado repleta de actividad y, lo mejor de todo, de personas. He visto obtener una victoria a partir de una derrota; he visto vencer el miedo y salir fuerte y libre; he visto transformar una vida vacía en una colmada y productiva.

Rindo homenaje a la raza humana. Cuando mira la vida de frente casi puede reinventarse a sí misma.

La filosofía de una persona no se expresa tanto en palabras como en las elecciones que hace. Al detenerme a reflexionar sobre lo que he aprendido, hay muchas cosas que

creo con firmeza y otras muchas de las que no estoy segura. Pero esto al menos lo creo de todo corazón: con el tiempo forjamos nuestra vida y nos forjamos a nosotros mismos. El proceso no termina hasta que morimos. Y las decisiones que tomamos son, en última instancia, absolutamente nuestras.

*Hyde Park,  
enero de 1960*

## 1

## Aprendiendo a aprender

Una de las preguntas más intrigantes que me llegan a través de la correspondencia es: «¿Cómo planeó su carrera y de qué modo se preparó para ella?». Siempre me siento incapaz de responderla porque nunca planeé ni me preparé para ninguna carrera. Hasta el día de hoy, no tengo la impresión de haber tenido una. Lo que he hecho es vivir cada experiencia al máximo.

Cuando miro atrás, creo que lo que más marcó los primeros años de mi vida fue un ávido deseo, antes incluso de tomar conciencia de lo que hacía, de experimentar todo cuanto pudiera lo más intensamente posible.

No tendría más de cinco años cuando viajé a Italia con mis padres. En Venecia mi padre me invitó a dar un paseo en góndola y pagó al gondolero para que cantara. Debía de haber alguna clase de celebración en ese momento porque la gente arrojaba flores. Todavía recuerdo ese paseo. Aunque era pequeña, tuve la sensación de vivirlo como una experiencia.

Todo lo que hice con mi padre permanece hoy día en mi memoria como un momento vívido que no se olvida. Me recuerdo de pie a su lado al borde del cráter del Vesubio,

viéndole arrojar un penique que reapareció cubierto de lava. Cuánta emoción y asombro. Me llevó por las ruinas y me enseñó un pedazo de pan petrificado, y me habló de una civilización que había vivido allí mucho tiempo atrás y que ya no existía. Pero no era historia muerta. Cobró vida para mí. Eran personas vivas, y mientras averiguaba cosas sobre ellas me parecían tan reales como las que tenía alrededor.

De mi propia experiencia he aprendido que los factores más importantes en la educación de los hijos son la curiosidad, el interés, la imaginación y una percepción de la vida como una aventura. No se enseñan en ningún curso; sin embargo, son las cualidades que hacen gratificante todo aprendizaje y dan plenitud a la vida, y lo que nos lleva a buscar constantemente nuevas experiencias y una comprensión más profunda de lo que nos rodea. Son también las cualidades que nos permiten seguir creciendo como seres humanos, y seguir aprendiendo, hasta el último día de nuestra existencia.

Por aprendizaje me refiero a mucho más que la supuesta educación formal. Nadie puede aprender todo lo que necesita saber. La educación proporciona las herramientas necesarias, el equipo con el que aprendemos a aprender. El objetivo de toda nuestra educación y de todo el desarrollo que es una parte de la educación es dotarnos a cada uno de un instrumento que podamos utilizar para adquirir información en cualquier momento que la necesitemos.

Recuerdo ciertos hitos en el proceso de aprender a aprender. Por lo que se refiere a entrenar la memoria, empecé muy joven. Me encantaba la poesía y a menudo me

aprendía de memoria poemas mientras me vestía y me desvestía. De niña tuve un profesor de francés que nos hizo memorizar una parte considerable del Nuevo Testamento en esa lengua. Eso me sirvió años después, cuando estuve en un internado francés en Inglaterra. La profesora nos leía una sola vez un poema en francés, de unos ocho versos, y nos hacía repetirlo a continuación. Yo al principio no podía, pero poco a poco logré hacerlo con bastante soltura.

Nos daba clase de historia y, aunque solo teníamos quince o dieciséis años, imagino que sus métodos eran más parecidos a los de un profesor de universidad. Nos sentábamos en pequeñas sillas a ambos lados de la chimenea, sobre la que colgaban mapas. Ella se volvía hacia el mapa de la parte del mundo que estábamos estudiando y nos pedía que memorizáramos la geografía porque influía en la historia. Luego nos daba una lista de libros para leer y continuaba con el tema concreto de aquella clase, arrojando sobre el período toda la luz que creía que éramos capaces de comprender. A nosotras nos correspondía leer los libros y hacer un trabajo sobre el tema propuesto.

Las alumnas de habla inglesa teníamos tendencia a memorizar lo que ella había dicho y reproducirlo tal cual en nuestro trabajo. Todavía la veo de pie con una larga regla en la mano mientras una de mis compañeras leía en alto el suyo, cómo ella escuchaba y luego se lo arrancaba de las manos y lo rompía.

«Se limita a devolverme lo que le he dado —decía— y eso no me interesa. No ha pasado por el filtro de su inteligencia. ¿Para qué se nos ha dado la inteligencia si no es para pensar por nosotros mismos?»

Para mí se convirtió en un reto reflexionar sobre todos los aspectos de una situación e intentar discurrir nuevos puntos que la señorita Souvestre no hubiera tocado, puntos que ni siquiera tocaban los libros. Era bastante emocionante observar cómo esas preguntas acudían a mi mente mientras leía, y recuerdo lo satisfecha que me quedaba cuando ella me pedía que le dejara el trabajo y me lo devolvía con el comentario: «Bien razonado, pero ¿no has olvidado esto o aquello?».

Se trataba de un método educativo imaginativo y de lo más valioso.

Recibimos nuestra educación en casa, en el colegio y, aún más importante, de la vida misma. El proceso de aprendizaje debe continuar mientras vivamos. Nada que esté dotado de vida permanece en reposo, sino que se mueve hacia delante o hacia atrás. La vida solo es interesante en la medida en que es un proceso de crecimiento; o, en otras palabras, solo crecemos mientras estamos interesados.

De un tiempo a esta parte en los círculos educativos ha habido bastante polémica sobre qué y cómo enseñar a los niños. El viejo sistema debía cumplir dos funciones: disciplinar la mente y proporcionar a los jóvenes un contexto sobre el pasado, la historia, la filosofía y las artes.

Más recientemente, la influencia de Dewey ha sido poderosa al efectuar un cambio de orientación. Según esta escuela, no es tan importante proporcionar a los niños una base de cultura general como enseñarles a relacionar los datos aprendidos con el mundo tangible que los rodea. El

propósito de su educación es explicarles lo que pueden sentir, ver, tocar y experimentar en su vida cotidiana.

Llevado al extremo, el método progresista no ha intentado encauzar a los niños en ninguna dirección que estos no quieran ir. A no ser que la disfruten o vean un valor en ella no están obligados a aceptar la disciplina.

Ambos métodos tienen su valor. Sin duda es bueno que los niños se relacionen con su entorno inmediato, ayudarles a comprender ese entorno y su funcionamiento. Enseñar solo datos nunca es suficiente. En primer lugar, hay que partir de la premisa de que nadie puede asimilar todo lo que hay que saber de un tema. Lo esencial es entrenar la mente para que pueda localizar los datos que necesita, adiestrarla para aprender a aprender. Si más adelante uno tiene que adquirir un idioma, debería contar con una base que le permita ponerse a ello y llegar a dominarlo. Si tiene que investigar, necesitará tener disciplina y adiestramiento para ello. No basta con haber realizado una o más investigaciones. Es necesario dominar la técnica.

Lo esencial es estar entrenado para utilizar la mente como herramienta, como un instrumento vivo que extraiga los datos a medida que los necesita. Pero los datos constituyen un porcentaje relativamente reducido de la educación. Solo son una pequeña parte de lo que en líneas generales se conoce como cultura.

De vez en cuando recibo cartas bastante patéticas de jóvenes casadas con hombres de distinto estrato social o que han ascendido rápidamente en su carrera profesional y pertenecen a mundos culturales que a ellas les son ajenos.

«¿Cómo puedo educarme a mí misma —me preguntan—

para encajar en la familia y en el círculo de amigos de mi marido? ¿Qué debería aprender?»

Les respondo lo mejor que puedo, me temo que de forma inadecuada, porque es difícil dar a alguien una lista de libros que por sí solos proporcionen cultura. Les digo que deberían leer unos cuantos clásicos, traducciones de filósofos griegos y alguno de los dramas griegos antiguos. También podrían leer sobre historia, arte y filosofía, así como biografías, y convendría que se familiarizaran con algunas de las grandes novelas. Todo eso, por supuesto, ampliará su formación y les permitirá entrever al menos el marco intelectual de nuestro pasado.

Pero la respuesta debe ir más allá. A la larga lo que cuenta no es lo que se lee sino lo que se filtra en la mente; las opiniones y las impresiones que surgen a partir de la lectura. Son las ideas que se despiertan en la propia mente, las ideas que reflejan el propio pensamiento, lo que hace interesante a una persona.

La educación libresca no puede lograrlo por sí sola. Necesita el suplemento y el estímulo del intercambio de ideas con otras personas. En concreto, significa aprender de otras personas. No hay ser humano del que no podamos aprender algo si nos esforzamos lo suficiente en profundizar.

De joven era muy consciente de no haber recibido una educación académica como la que tenían muchos niños en Estados Unidos. No me daba cuenta de que mi madre me había dado algo que iba a serme útil el resto de mi vida. Me había hecho aprender francés antes que inglés por el simple hecho de contratar una niñera francesa. Así, aprendí los dos idiomas simultáneamente, y aunque he pasado lar-

gos períodos de tiempo sin leer o hablar francés, enseguida lo recupero cuando estoy en alguna parte donde lo oigo hablar continuamente.

A raíz de ello adquirí un gusto por los idiomas y, aunque como a otros muchos niños me aburría el latín, que en aquella época se consideraba imprescindible, y no puedo decir que me interesaran demasiado las guerras de las Galias de César, enseguida descubrí que para mi gran pasión, que era el aprendizaje de idiomas, resultaba de gran ayuda.

Me instruí en casa con profesores particulares hasta que me enviaron tres años al extranjero, donde recibí formación en inglés y francés. En general fue una buena educación, casi a nivel universitario en ciertos sentidos. Pero no era lo mismo.

Cuando volví a casa, me di cuenta de que había grandes lagunas en mis conocimientos. Me casé muy joven y empecé a vivir en un ambiente diferente, donde conocí a personas muy diversas. Consciente de mis deficiencias, convertí en un juego hacer que la gente hablara de lo que le interesaba y aprender todo lo posible. Al cabo de un tiempo había adquirido cierta técnica en hacer preguntas. No solo resultaba divertido, sino que empecé a tener una mejor comprensión de muchos temas sobre los que posiblemente no habría aprendido de otro modo. Y lo mejor de todo es que descubrí enormes áreas de conocimiento y experiencia que apenas imaginaba que existían.

Creo que ese es uno de los métodos educativos más efectivos y provechosos. El interés se halla ahí, en algún lugar recóndito de la otra persona. Uno solo tiene que buscarlo. Eso hace de cada encuentro un desafío y mantiene

viva una de las cualidades más valiosas del ser humano: la curiosidad.

En una ocasión Ruth Bryan Rohde me dijo que cuando se sentaba al lado de alguien sobre cuyos intereses no sabía una palabra, le era muy útil empezar a repasar el alfabeto. A de abeja. «Señor Jones, ¿le interesa la vida de las abejas?» Tal vez no le interesara, pero al menos la pregunta le parecía sorprendente y divertida.

En ese momento la idea me hizo gracia, pero no creí que la utilizara nunca. Sin embargo, en una ocasión me salvó de estar sentada durante toda una comida en silencio absoluto.

Mi marido y yo aterrizamos en Boston con el presidente Wilson después de asistir a la conferencia de la que este extrajo el primer borrador del tratado de la Liga de las Naciones. El presidente y su esposa tenían previsto reunirse con el gobernador Calvin Coolidge y su esposa para comer. De pronto nos informaron de que el presidente Wilson tenía que dar un discurso por la tarde y no podría acudir a la cita. Mi marido y yo iríamos en su lugar.

Vi que mi marido, sentado en el otro extremo, estaba pasando un rato agradable con la señora Coolidge, que era elegante y locuaz, mientras yo me las veía y me las deseaba con un compañero de mesa que no hacía más que gruñir. Probé con cada letra del alfabeto, pero por escandaloso que fuera el tema sugerido no logré arrancar al gobernador Coolidge una sola exclamación de sorpresa, no digamos divertirlo.

Tal como yo lo recuerdo, acabamos el postre en completo silencio, después de que yo hubiera agotado el alfabeto.